

PORQUE NO TODO ES "AGUA LIMPIA" (Mc. 14-15)

1. La conflictividad del amor (Mt. 13, 3-9)
 - a. Una mirada cargada de realismo y de esperanza
 - b. Nos hace bien mirar nuestra tierra Contigo
 - c. Rotura nuestro campo. Haznos tierra porosa.
2. El amor amenazado. (Mt. 13, 24-30)
 - a. Un amor que sabe hacer y padecer. Encargarse y cargar.
 - b. Mirar el mal desde el corazón de Dios.
 - c. La buena noticia: ese amor no se pierde

Esta mañana nos centrábamos en la paradoja de los inicios, de cómo de comienzos tan pequeños pueden resultar finales tan desproporcionados. Esta tarde contemplamos cómo todo esto no ocurre por arte de magia. Entramos en la paradoja tremenda de que "la luz vino a los suyos y los suyos prefirieron la tiniebla".

Esta tarde, continuando con el recorrido de la Pasión, entramos en la **conflictividad del amor**. En lo que ocurre cuando los amores pasan por la prueba. Leyendo la Pasión, vemos cómo muchos amores pequeños, ante la prueba, se retiran: los discípulos huyen, Judas traiciona, Pedro niega, las multitudes que querían a Jesús se desentienden... **Amores pequeños que ante la dificultad, huyen**, se rompen. Pero vamos a contemplar también **amores pequeños que permanecen** como la mujer del perfume (icono precioso de un amor que impregna de buen aroma el ambiente asfixiante de la Pasión). Amores clandestinos, a escondidas, como el de José de Arimatea, que se atreve a pedir a Pilato el cuerpo de Jesús, cosa que no hicieron ni sus discípulos. **Amores un poco a la fuerza como el de Simón de Cirene, obligado a compartir con Jesús el peso de la cruz**. Amores anónimos como el centurión romano que es el único que confiesa precisamente en ese momento a Jesús como el Hijo de Dios. Y hay, finalmente, **amores que se retiraron pero que la mañana de Pascua son reencontrados** por Jesús, el Señor resucitado.

Y en medio de todos ellos, Jesús, **el amor callado que permanece**. Otra vez la paradoja: "Donde abundó el pecado, la huida, la traición... sobreabundó la Gracia, la fidelidad, el perdón". La Pascua nos habla de una extraña modalidad de amor. Es el amor probado. **Amores que, naciendo de fuentes limpias, tienen que atravesar la región del sufrimiento por salvar a quienes aman; amores que tienen que cargar con el pecado del otro para rescatarlo**. A esos amores los solemos llamar "amores redentores". Entre nosotros se dan en muy pequeña medida pero entran directamente en el "catálogo" de amores pascuales, amores paradójicos, amores locos.

Esta tarde queremos leer otra vez la Pasión "por dentro", es decir la historia de salvación que se esconde detrás del relato, siempre cruel, de la Pasión. La paradoja de un amor que nos está salvando en su indefensión. Y para ello acudimos a esta parábola del grano de trigo que va cayendo en diferentes terrenos y la parábola del trigo y la cizaña.

1. La conflictividad del amor

Volvemos otra vez la mirada sobre Jesús. **Él es grano de trigo que el Padre, el Sembrador, quiere sembrar en nuestra tierra**. Un grano pequeño y un grano que sólo fecunda desde abajo y desde dentro. **En Jesús, y su amor a nosotros, está concentrado todo el amor eterno de Dios, sembrado ya en nuestro mundo y en nosotros**. Palabras que nos resultan muy grandes, acaso muy poéticas e incluso rimbombantes, pero cuya veracidad va a ponerse a prueba precisamente al mirar la Pasión.

Una vez más, y de forma contemplativa, queremos pararnos a **mirar**. El relato de la Pasión no es para leerlo, es para mirarlo: mirad el árbol de la cruz... mirad a mi siervo... mirarán al que traspasaron... y ver en Jesús, la semilla del amor de Dios, cayendo en nuestra tierra. Y ahí, encontrarse de todo: recibir los golpes de un terreno pedregoso, de un corazón enzarzado, de una sociedad endurecida. Mirar como el amor de Dios no encuentra tierra porosa sino todo lo contrario. Mirar la dureza del rechazo, de la indiferencia o del desamor. **El relato de la Pasión es el relato de todas las piedras, zarzas y dureza con las que se encontró la pobre semilla del amor de Dios cuando descendió a nuestra tierra**: la traición de Judas, la negación de Pedro, la huida de sus discípulos, **la intolerancia religiosa de Anás, el sumo sacerdote, el cinismo de Pilato, la saña de los soldados y el desprecio de la multitud**. Descripción pormenorizada de la dureza que encontró un amor así, como que el narra el Cuarto Cántico del Siervo en Is.54.

Pero acaso el día de hoy no es un día, sobre todo, para recrearnos en la crueldad de la Pasión, sino para sobrecogernos y agradecer inmensamente ese amor que permanece. A pesar de todo... en medio de todo.

La parábola del sembrador es una parábola llena de realismo. Resulta que de lo sembrado tres cuartas partes se pierden. Una porque cae al borde del camino, otras en terreno pedregoso y otra entre zarzas. No, el amor de Dios no lo tuvo fácil, no lo tiene fácil con nosotros. Y sin embargo si es verdad que se trata de **una parábola cargada de realismo**, de todo el realismo de la Pasión como experiencia de rechazo, de fracaso... también es verdad que se trata de **una parábola cargada de esperanza**.

Impresiona ver a Dios Padre/Madre "despilfarrando" tanto amor. No depositando su semilla sólo y exclusivamente donde sabe que va a encontrar respuesta, tierra buena. Esparciendo su semilla incluso donde sabe que va a encontrar tierra endurecida, con piedras o llena de zarzas. Impresiona que el tercio restante merezca todos sus afanes y desvelos. Lo mismo que por sólo una oveja merecía el salir corriendo del pastor en su búsqueda. Mirar a Dios buscando en nosotros y en el mundo "resquicios imposibles", grietas minúsculas con un puñadito de tierra buena donde enraizarse. ¡Me sorprende tanto que Dios no se haya cansado de nosotros, que no nos haya considerado ya terreno baldío e irredento!

Pero la buena noticia de esta parábola es otra vez la desproporción del amor de Dios: **desproporcionado en el sembrar y desproporcionado en el fecundar**. Dicen que normalmente en los campos de Galilea una buena cosecha podía dar de 6 a 8 granos de trigo por espiga, mientras que la parábola habla de que cuando esta semilla cae en tierra buena **"da mucho fruto: unos treinta, otros sesenta y otros cien"**. Hay un tipo de amor generoso en el que se pierde mucho, pero es mucho más lo que se gana. "Eso nos ha pasado en nuestra vida, Contigo".

“Hoy quiero mirar Contigo, Señor, cómo está últimamente mi tierra, que en realidad es la tuya, y volver a darme cuenta de que hay de todo. Pasear Contigo por la finca de mi corazón y encontrarlo reflejado en todas las modalidades del terreno que describe tu parábola. Hoy quiero tener la suficiente lucidez y humildad para nombrar mis piedras y zarzas con respecto a Ti. No para volver a mancharme, sino para **roturar Contigo mi terreno**”. Ningún campesino ara definitivamente su campo, de una vez para siempre. No hay conversiones definitivas. Sino que cada vez, cada año tiene que arar y poner la tierra buena, un año y otro y el siguiente. Y saber dónde están las piedras y dónde los terrones y donde los humedales.

ME HACE BIEN, SEÑOR, mirar mi hacienda, mi vida, Contigo. Reconocer que muchas veces soy **como tierra dura** o endurecida, en la que no penetran tus palabras de acogida, de ternura o de urgencia. Que Tú caes al borde del camino, al borde de mis preocupaciones reales, de mis afanes o de mis amores... al borde de mis caminos habituales por donde siento que muchas veces no transitas Tu. Mi pecado no es ser malo, es no enterarme. Vienen los pájaros, problemas, planes, cuestiones infinitamente más pequeñas que tu amor, y se comen toda mi atención y mi cuidado... te arrebatan toda mi atención y mi cuidado. ¡Cuánto amor tenemos desperdiciado, desaprovechado!

ME HACE BIEN, SEÑOR, mirar mis entusiasmos, incluso para Contigo. Momentos en los que parece que nuestra alianza va a ser del todo y para siempre. Y comprobar al poco, humillado, que a la mínima prueba, ya me aparto de Ti y empiezo a dudar, como Pedro sobre las aguas. Y, a veces, es por cosas insignificantes: por una mala cara, por un fracaso, por un sentimiento de abatimiento, por mi dejadez... Y, como Pedro, cuando pierdo tu mirada siento que me hundo. Y eso me demuestra que todavía la semilla de tu amor **no ha echado raíces** lo suficientemente hondas en mi corazón, en mi tierra.

ME HACE BIEN, SEÑOR, recordarme que la semilla de tu amor siempre está **expuesta a quedar ahogada**, aunque parezca que haya arraigado en mí. Acoger tu amor es más un milagro constante que una meta definitivamente alcanzada y para siempre. Más una vida frágil a cuidar que una conquista ya segura de la que presumir. Que, porque somos así, las zarzas van a tardar mucho en desaparecer, si es que alguna vez desaparecen del todo. Y quizá por eso hemos de aprender a convivir con ellas durante mucho tiempo. Gracia y pecado... Menos mal que Dios cuenta con ello y no se cansa de salir a sembrarnos.

ME HACE BIEN, SEÑOR, mirar así mi realidad, mi relación contigo, el destino de la semilla de tu amor sobre mi vida, sobre mi tierra. No para culpabilizarme, para machacarme... sino para volver a volver. Para recordarme que Tú sales a buscarme porque no te resignas a que mi tierra quede ni baldía ni infrutilizada. Y por eso sales a sembrar la semilla de tu amor, a perdonar mi pecado... hasta setenta veces siete, o sea siempre. No te resignas a una tierra improductiva en el amor.

ME HACE BIEN, SEÑOR, al fin, reconocer en mí que también hay semilla tuya que va encontrando resquicios de **“tierra porosa”** en mi corazón. Y cada vez que esto sucede me vuelve a surgir la sensación de desproporción y de agradecimiento. Y prefiero mirar la fecundidad extraña de tu semilla que la ambigüedad de mis campos. Por eso, la pregunta no es cuánto voy a ser capaz de amar con este tipo de amor, sino si voy a ser capaz de soportar en mi vida un amor así, sin poder corresponder. O me voy a preferir amores más manejables, más domesticados.

Esta tarde queremos mirar a **Jesús, semilla que Dios quiso**, que Dios quiere, **sembrar en nuestro corazón y en nuestro mundo**. Y encontrarnos, con todo el realismo, con la experiencia de rechazo, de dureza, de indiferencia. Las secuencia de la Pasión, ya los hemos dicho, son la historia de todas las piedras, la dureza, los cardos y las zarzas que la semilla del **amor eterno** de Dios se encontró (y se encuentra) en su camino hacia nosotros. Pero es la historia también de un amor que no se da por vencido. De un amor que permanece, que soporta, que insiste, que se cuela, que cuando encuentra un puñadito de tierra acogedora nos vuelve a sorprender con el milagro de la Vida. Y eso llena nuestro corazón de esperanza, de alegría y de agradecimiento.

2. El amor amenazado

Continuando con todo el realismo de la Pasión, hay otra parábola que expresa todavía más crudamente que de lo que estamos hablando es de un amor probado. De un amor cuyas fuentes no se secan, porque cuentan con un acuífero muy profundo: el corazón de Dios. Y así podemos situarnos esta tarde delante de **la parábola del trigo y la cizaña**.

En esta parábola reconocemos, una vez más, que Jesús es esa “buena semilla” que Dios Padre, el Sembrador, introdujo, plantó en su campo, en el mundo, en cada uno de nosotros. Así comienza, de hecho, nuestra parábola: “Un hombre sembró buena semilla en su campo” En nuestro corazón y en nuestra historia personal. Y esto nos conmueve profundamente, porque ciertamente aquel Sembrador sembró “buena semilla”, la mejor semilla: Dios Padre/Madre se desprendió de su Hijo amado para entregárselo al mundo, para entregárnoslo a nosotros. **Nos dio lo mejor que tenía, su mejor semilla** y la dejó caer en nuestra tierra. Lo dejó caer sobre nosotros, introdujo muy dentro de nosotros la semilla de su bondad, la semilla de su **amor eterno**, la semilla de su Hijo entregado.

Mirar a Jesús esta tarde sin perder el foco. Él es el lugar a donde mirar. Todo el relato de la Pasión no es sino el desarrollo pormenorizado de la **presencia asfixiante de la cizaña en el mundo** y en nuestro corazón. **Una cizaña que, a veces parece que lo invade todo y a todos: a Judas que traiciona, a los sumos sacerdotes que condenan, a Pedro que niega, a Pilatos que se desentiende, al pueblo que prefiere a Barrabás, a los soldados que se burlan... cizaña y más cizaña, de la que el que se sienta libre “que tire la primera piedra”.**

Pero no nos despistemos. Que las voces, los gritos o los insultos no desvíen nuestra atención de quien calladamente permanece como trigo bueno rodeado de cizaña invasora. Mirarle a Él, apagar las otras voces, silenciar el “sonido ambiental” para evocar los cánticos del Siervo de Is. 53: “eran nuestras heridas las que él curaba, eran nuestras culpas, las que él soportaba”. Otra vez las paradojas de la Pasión: **el mayor de los justos injustamente ajusticiado**. “No encontraron engaño en su boca, sin defensa ni justicia se lo llevaron, lo arrancaron de la tierra de los vivos...” Lo que “retumba en la Pasión son los gritos e insultos... **lo que susurra la Pasión es un amor callado**.”

Mirar a Jesús hasta descubrir la **belleza** en medio de tanta fealdad, el perdón en medio de tanta saña, la inocencia en medio de tanto culpable, la mansedumbre en medio de tanta violencia. En definitiva de **cuánto trigo bueno en medio de tanta cizaña destructiva**. ¡Las paradojas de la Pasión!

Y volver a preguntarnos, como los amigos de aquel sembrador, llenos de extrañeza, escandalizados incluso: “¿no sembraste buena semilla en tu campo, en el mundo, en nuestro corazón, en las relaciones humanas...? Entonces ¿Cómo es posible la cizaña?” ¿De dónde brota tanto mal? Y recoger en esta pregunta todo el interrogante que la presencia del mal en el mundo suscita en nuestro corazón. Toda la extrañeza e incluso el escándalo que provoca en nuestro corazón la presencia de tanto mal, de tanto sufrimiento gratuito, de tanto dolor. Y saber aguantar y acompañar en el silencio la pregunta de tantos sufrientes, sin tener prisa por ofrecer respuestas demasiado aprendidas. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?

O lo mismo que los criados de aquel campesino de la parábola: Sentir dentro de nosotros esa indignación que nos empuja a arrancar el mal de raíz, a buscar situaciones puras, ideales, situaciones de sólo “trigo limpio”, sin mal, sin dolor, sin sufrimiento... Y leer en esa **reacción espontánea** de los amigos del sembrador toda esa reacción que nos mueve a veces a pensar “o todo o nada”. “¿Quieres que vayamos a arrancarla? Y sentir cómo todos los absolutismos, toda la rigidez, toda la intolerancia... viene muchas veces de esta pretensión de querer arrancar, del todo y de raíz, lo que consideramos cizaña, lo que no consideramos trigo limpio.

Mirar esta tarde a Jesús y agradecerle que en su Pasión no haya hecho magia. No haya eliminado la presencia del mal, dejándonos boquiabiertos. Mirar a Jesús, semilla buena, que decide **abajarse a un mundo real** en el que sabe que el mal tiene mucho poder. Una vez más su presencia es desde abajo y desde dentro. No desde arriba, desde fuera o imponiéndose. Jesús esta tarde entra en la tierra del mal, del sufrimiento y del pecado, precisamente para que ninguna de estas realidades, tan contrarias a su amor entregado, quede fuera de su presencia y de su acción salvadora. Jesús quiere derrotar al mal, al pecado, incluso a la muerte... desde dentro.

Jesús sabe que la cizaña es cizaña y el mal es mal. Jesús no negocia con la injusticia. Durante toda su vida luchó a brazo partido contra el mal, por combatirlo, por reducirlo: curó enfermos, perdonó pecados, acogió a los rechazados, denunció y predicó la conversión a los poderosos... Pero en un momento de su vida, comprendió esa paradoja de la Pasión: que amar significa encargar el mal, pero también encajar el mal; encargarse de la realidad, pero también cargar con ella. Supo que hay un amor que **lucha** y un amor que **soporta**. Y que ambos son necesarios. (Más aún, el amor que lucha queda cualificado por quien es capaz de vivir el amor que soporta. Y el amor que soporta sólo es creíble en aquel que combate el mal en lo que puede). Hay un amor que **hace** y un amor que **padece**.

Que el amor que lucha pueda resultar salvador (sobre todo si obtiene victorias) nos cuesta menos entenderlo; pero que el amor que soporta el peso del mal a favor de otro, para que el otro se salve, sea más salvador todavía... eso nos cuesta mucho más. Eso nos resulta demasiado paradójico. Y por eso tenemos que mirar mucho a Jesús para entenderlo. Sólo mirándole a Él comprendemos (o intuimos) que **hay amores que prefieren de cargar con el pecado del ofensor a destruirlo o buscar su desgracia...** Hay amores capaces de perdonar a los enemigos y “bendecir a los que los persiguen”. Así es el *amor eterno* de Dios. ¡Amores que nacen de otra fuente más limpia que lo que dan de sí habitualmente nuestros amores calculadores! (Aquella mujer que no le desea lo peor a su marido que se ha ido con otra, “porque no quiero añadir más sufrimiento al que ya se ha producido”. Puede ser una falta de dignidad personal o puede ser algo de la generosidad del corazón del que estamos hablando). Quien ha tenido la experiencia de haber sido perdonado por alguien que tenía todas las razones para no perdonarle jamás, sabe de qué estamos hablando. Es la experiencia de la Gracia.

Mirar a Jesús en su Pasión nos ayuda a intuir **que incluso el mal tiene un lugar extraño y paradójico en el corazón de Dios**. Un lugar, un sentido, una salvación. Algo muy difícil de intuir y más difícil aún de vivir. ¿Acaso no hemos experimentado acaso muchas veces que las grietas vitales en nuestra vida fueron ocasión de salvación para nosotros? ¿No ha sido el sentimiento de impotencia uno de los caminos que más nos ha acercado a la súplica y al sentimiento de compasión? Esta tarde queremos mirar el mal desde el corazón de Dios. Su horizonte es tan inmensamente ancho que, incluso el mal, encuentra ahí un sentido.

La parábola del trigo y la cizaña nos enseña mucho de la estrategia de Dios. “No, no quiero que arranquéis la cizaña, no sea que hagáis daño al trigo, al bien. Dejados que crezcan juntos”. Pero para entrar en ello necesitamos mirar mucho a Jesús y entender un poco cómo es el tiempo de Dios y refrenar nuestras impaciencias, nuestras miradas inmediatistas, de luces cortas. Hay un tiempo en el que el trigo y la cizaña crecen juntos. Un tiempo mezclado, un tiempo de amores y desamores; de alegrías y penas; de encuentros y ausencias; de luz y oscuridades...Y Jesús nos invita a amar en todo tiempo, también en el tiempo mezclado. Y en esos casos su estrategia no consiste en maldecir la cizaña sino en **cuidar y amar el trigo y soportar la cizaña**. Y quizá sea ésta una de las claves de la convivencia.

El corazón de Dios sabe cuidar el bien y soportar el mal, “*dejadlos que crezcan juntos no sea que queriendo arrancar la cizaña acabéis haciéndole daño al trigo*”. El Padre sigue cuidando del trigo sin suprimir la cizaña hasta el final. Dios cuida de nosotros siempre, aunque no siempre sigue para nosotros la presencia del mal o del sufrimiento. No hay mundos ideales, situaciones ideales o puras, hay esta realidad personal, familiar, comunitaria, social o mundial, ésta y no otra y Dios ama la realidad tal cual es, aunque la sueñe distinta y la coja de la mano y tire de ella para adelante.

El Padre no se desespera de este mundo nuestro y razones tendría, no lo destruye, enojado. El Padre nos enseña a convivir con la ambigüedad. *La paciencia de Dios no es descompromiso, no es complicidad, no es desapasionamiento*. Solamente desde el corazón de Dios podemos permanecer cuidando y luchando a favor del bien, sin quedar rotos o enredados nosotros mismos por el mal. Pero **la buena noticia** de este texto, impresionante, es que el amor, ese amor frágil y amenazado, rodeado de mal y de cizaña, ese amor no se pierde. Sin saber cómo, el Padre sigue cuidando de él. Los pequeños gestos de amor gratuito no se pierden, el Padre los recoge y los guarda en el granero de su corazón, para siempre, eternamente.

Y, lo que es más impresionante aún, **el Padre guarda en el granero de su corazón** a todos los hijos sufrientes, a todas las víctimas de la cizaña, a todos los pobres de corazón, a todos los que lloran, a los misericordiosos. No se pierden, no se pierde ni uno solo, permanecen y permanecerán para siempre en el corazón mismo de Dios. La última palabra sobre la historia y sobre nuestro corazón la tiene Dios.

Por eso casi como un suspiro en medio de tanto ahogo, el Cántico del siervo concluye con esta convicción del corazón: **“Comprenderá que su sufrimiento no ha sido en vano”**. No ha sido en vano para nada, el sufrimiento de Jesús. Y eso llena nuestro corazón de esperanza, de alegría y de agradecimiento.